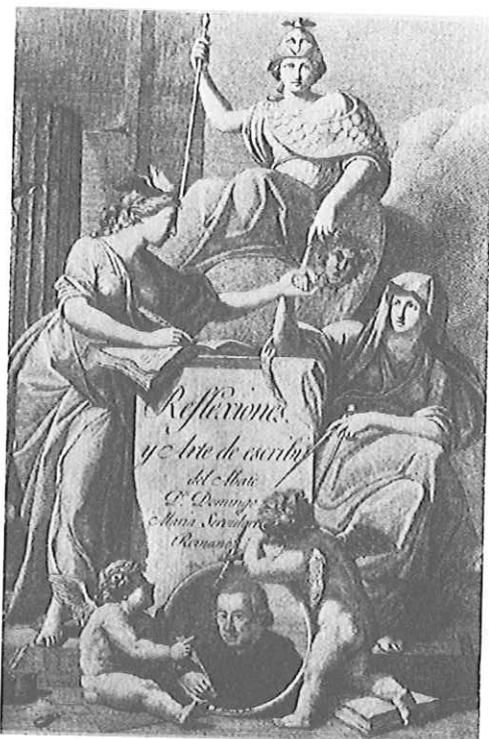


## EN RECUERDO DE VICTORIANO BORDONABA CASTEL-RUIZ

Luis María Marín Royo



Si algo no quisiera tener que escribir, es el adiós al amigo que nos dejaba el pasado 18 de abril. Hoy, pasados unos meses, deseo dedicar un recuerdo a este gran escritor tudelano, ganador de más de veinticinco premios en concursos literarios, pero que fue, sobretodo, amante de Tudela y de Navarra, a las que dedicó su tiempo con verdadera entrega y pasión.

Escribiendo disfrutó y triunfó, fue la afición que más satisfacciones le produjo en la vida. De su amor a Tudela soy testigo privilegiado, sé cómo se interesaba por todo, incluso a mí me animaba a investi-

gar y escribir. Él fue quien ideó propuso y promocionó el concurso de cuentos "Ciudad de Tudela".

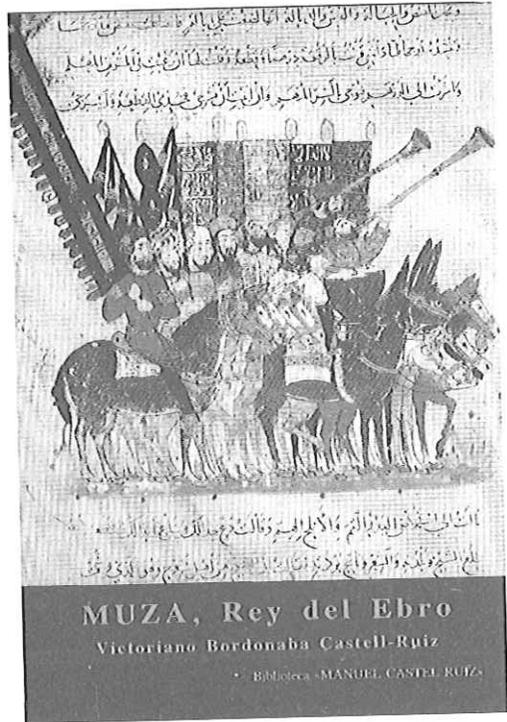
Así como lo importante en una familia no es la casa donde viven, sino la unión y el cariño entre sus miembros, hemos de considerar que lo sustancial en una ciudad no son sus edificios y calles. La vida se la dan las personas y la hacen grande sus gentes. Victoriano Bordonaba Castel-Ruiz con su dedicación, su cariño, su inquietud y su calidad de escritor enaltecó Tudela.

Coincidí con Victoriano como alumnos en el colegio de jesuitas en Javier, aunque nuestra relación verdadera comenzó al poco de casarnos ambos. Teníamos esa afinidad de aficiones, de gustos, de ideas, que nos llevaba a querernos, aunque estuviéramos tiempo sin vernos. Disfrutábamos de esa complicidad mutua, que solamente da la verdadera amistad. No necesitábamos hablar para comprendernos, nos conocíamos lo suficiente, para saber lo que pensábamos, y teníamos la confianza sin mentiras, para que aunque nuestras vidas fueran independientes cuando uno de los dos buscaba el apoyo y la confidencialidad en el otro, lo hallaba.

He seguido su trayectoria como escritor desde sus primeros artículos en la universidad. Colaboramos en varios diarios y semanarios y leía sus columnas semanales, que siempre me parecían oportunas y acertadas. He de reconocer, que su facilidad y estilo literario me produjo siempre admiración y por qué no decirlo envidia, aunque como amigo siempre me alegré de sus muchos premios literarios, tanto en prosa como en verso.

Hoy pasados unos meses de su fallecimiento reproduzco unos escritos suyos para que en esta revista del "Centro de Estudios de la Merindad de Tudela", que nació con el ánimo de enaltecer el panorama cultural de la merindad, quede constancia del hacer de este gran tudelano.

Elijo casi al azar estas cinco breves publicaciones, ya que aunque escribió y cultivó prácticamente todos los estilos lite-



rarios, tres eran los temas que Victoriano desarrollaba y publicaba con asiduidad, el cuento corto, la poesía y los comentarios en prensa. En su recuerdo y homenaje, entre sus más de 2.000 publicaciones, opto por éstas. A buen seguro que si la elección fuese suya, no coincidiríamos en ninguna, aunque tampoco las rechazaría, al fin y al cabo los escritos son como los hijos y a los hijos más guapos o más feos se les quiere a todos.

No trato de dar a conocer al personaje, lo es de sobra, sino en dedicarle un pensamiento y que en las páginas de esta ya veterana revista cultural tudelana, quede constancia de su hacer. Se trata de un acto de consideración hacia su persona, que tantas horas dedicó a su ciudad.

## SUS ARTICULOS PERIODÍSTICOS

### LA PROCESIÓN DE SANTA ANA

«El cuello de la camisa me está *jorobando*; me debería haber puesto una usada. Es curioso. Después de tantos años, esta procesión no cambia en nada. El mismo ambiente en el Portal, las mismas caras, los gigantes, el mismo calor, y hasta la misma impuntualidad para comenzar.

Estoy un poco emocionado entre tantas velas y tanto repique de campanas. Hace más calor que nunca y esto no empieza: menos mal que Santa Ana está fresquita aún en la Catedral.

¿Habrá venido José Antonio?

Me parece que voy a subir a casa de la tía hasta que esto empiece. Vaya, ahí está Pedro con cara de haber estrenado traje. Hace unas horas en el encierro, ahora estrenando corbata por lo menos, y dentro de poco a la corrida.

¡Hombre, parece que ya comenzamos! Como siempre, el «alguacil», la cruz y los gigantes, primero. Es bonito que las tradiciones se conserven.

Aquí mismo me meto, con cuidado, que este señor ha puesto mala *jeta* ante mi vela. Para cuando yo llegue a la Catedral, aún estará el Ayuntamiento en el Portal.

Por aquí suele salir el Ebro en las crecidas. Me parece que he elegido mala fila; en este lado pega más el sol. La Magdalena. La gente ha salido con sillas de las tabernas a la puerta.

¡Vaya, este año no me han echado arena! Mañana la yegua las va a pasar moradas. ¡Cómo huele a «albaca»! «Ciclos García». «La Purísima». «Huerfanicos» Otro trozo de sol. ¡Caramba con el trajecito! Tengo que hacerme uno de verano, esto no lo aguanto otro año.

Ahí están madre y la abuela. Geranios y colgaduras. Se me está doblando la vela.

San Nicolás y el Rincón Moderno. ¡Qué cantidad de gente! Las campanas.

Hace un día de fiesta, pero no de procesión. Bueno, de procesión de Santa Ana ya lo creo que sí. ¿Adónde irá ese cura con roquete? Debe correr demasiado el «aguacil».

San Salvador. ¿Para qué quitarían los árboles? Banderas de España. Sol. En esta fuente me he puesto mil veces *perdidico*. Cuidado, que casi apago la vela en los rñones del señor de mala *jeta*. ¿Me hago una foto? ¡Bah!, ya tengo bastantes.

Granados... siempre pasa la procesión por las narices de mi calle, Castel-Ruiz — bueno, «el Mercadal» —, total que la gente ocupa las aceras, y nosotros a chuparnos la *sudadina*. Han retirado todos los coches.

En la puerta de San Jorge está Mary Carmen con sus amigas. ¡Madre mía, que mujer hay en ese balcón! ¿Será de Tudela?; ojo, que estamos en la procesión.

Vaya, aquí en Gascón se está mejor. Se oyen bien las campanas. Ahora estarán acabando de salir.

La fiesta de Santa Ana es para las mujeres y la procesión para los hombres. Es curioso. Esa cursi riéndose siempre.

San Jaime; ¡qué a gusto me compraba un helado!

Por la Rúa corremos todos más; se ve que falta poco. Se me ha apagado la vela. El señor de delante respira tranquilo. Se la dejaré en la cesta a Santa Ana.

«La plaza Vieja». Esa puerta de la Catedral, sólo se usa hoy. Los gigantes.

Hace aquí tanto fresco que voy a coger una pulmonía. Las campanas. ¡Vaya olor a «albaca»! Me sentaré hasta que acabe esto.

¿Cuántos habrán venido a la procesión? Ese quizá no vuelva por aquí hasta el año que viene. Ahora entra José Antonio. ¿Dónde se habrá metido?

Me gusta que venga tanta gente. Es el único momento en que veo al señoríto, al agricultor, al maestro y al chulo juntos.

Ya viene Santa Ana. Le rezará un padre nuestro. ¿Por qué le rezamos padre nuestros a Santa Ana? «¡Qué sé o...!». Cuida mucho de nosotros y perdona este sol. Estás tan maja como siempre, abuela. Me voy; hasta otro día.

¡Vaya calor! A ver si consigo quitarme de una vez este maldito traje...».

\*\*\*\*\*

(Artículo publicado en la Voz de la Ribera y en Diario de Navarra año 1978. En este artículo Victoriano además de mostrar su tudelanismo nos describe los pensamientos que muchos hemos sentido en la procesión)

## CANCER

El extraordinario y completísimo refranero de este país (antes llamado España) tiene sentencias como: «*En la ruina y en la cama, comprenderás quién te ama*». Yo no había hasta ahora vivido más que la primera parte de la sentencia, porque como me he arruinado muchas veces, estoy acostumbrado a ver cómo mis «amigos-socios» han salido siempre corriendo intentando que yo me quedara a firmar las últimas letras. Esto como se sabe, es algo tan natural y corriente, que no merecería la pena dedicarle ni unas líneas. Sin embargo, hoy puedo decir que he conseguido por fin experimentar la segunda parte del refrán.

Hace un mes me diagnosticaron un cáncer de estómago y la verdad no es que la noticia sea para echar cohetes. Sin embargo, en toda circunstancia vital hay enseñanzas que extraer, y he aprendido a ser menos intolerante y más agradecido. Una de las cosas que más me han impresionado, ha sido la avalancha de solidaridad, la enorme generosidad y la capacidad de sacrificio y ánimo que me han transmitido no solo los amigos de siempre, sino muchas personas con las que no tenía más relación que el saludo.

Si en las cosas extremas el ser humano es capaz de transmitir tanta serenidad y tanto afecto, no queda más remedio que creer en el ser humano. Ahora, a pesar de los días malos, a pesar de que tendré el peligro de que alguien me confunda con Iván de la Peña, a pesar de que la experiencia no es agradable, me queda la satisfacción de sentirme persona individual, específica, irrepetible y satisfecha porque mucha gente a mi alrededor me está empujando hacia el éxito.

Por todo ello, permítaseme la licencia de este domingo para hacer un canto a la esperanza y poder explicar públicamente como he agradecido el sentirme acompañado. No es que uno quiera morir para disfrutar cómo la gente abarrota tus funerales (que de todo habrá), pero sí es cierto que ahora sé, que hay otros muchos casos como el mío, de los que uno no es consciente porque vive sumido en su egoísmo.

Por eso y en nombre de los que no pueden decirlo, gracias a todos.

(Es su último artículo que publicó en Diario de Navarra poco tiempo después de enterarse de su enfermedad. En este artículo, que impresionó a sus lectores, Victoriano presenta su cara más humana. El mismo día que conoció la noticia todavía tuvo coraje para presentar el libro de un amigo en el casino tudelano)

## SUS CUENTOS CORTOS

### LA GRITONA

Cuando mi madre se ponía a gritar, se armaba la de Dios es Cristo.

Mi familia siempre había sido espectacular en esto y durante muchos años todo el pueblo se había acostumbrado a los gritos de admiración, de alegría o de dolor que mi bisabuela, mi abuela y finalmente mi madre, lanzaban de vez en cuando desde las ventanas de mi casa. Hay pueblos en los que los ecos tienen más personalidad que en otros y en los que las lomas, las veredas, los árboles y las casas están dispuestos de tal forma que desde el canto de un grillo hasta el estruendo de una explosión se reproducen con más fidelidad. Incluso el rumor del agua entre las piedras o el aire entre los chopos, tenían distintas tonalidades. Por eso en aquel pueblo, los vecinos, estaban especialmente sensibilizados a los sonidos, y aceptaban entre resignados y comprensivos las especificidades acústicas de mi familia. Así mi bisabuela se había hecho famosa por los desgarradores lamentos con los que había despedido a mi bisabuelo cuando se lo llevaban al cementerio. Según cuentan las crónicas, la figura de mi bisabuela enmarcada en la ventana, medio cuerpo fuera, los brazos como aspas de molino y sobre todo sus alaridos, quedaron grabados para siempre en la retina del recuerdo popular. Nadie se ha puesto a discutir jamás si aquellos lamentos fueron debidos al amor o a la desesperación. Pero crea-

ron escuela. De hecho, algo de furor incontrolable debió acontecer porque se transmitió inexorable hasta mi abuela que gritaba de tal manera por las noches al compás del jergón, que los mozos del pueblo se apostaban en las sombras de la calle para reírse a mandíbula batiente de los ataques de mi abuelo, al que por las mañanas zaherían con sus bromas. Si las acometidas de mi abuelo eran célebres, los aullidos de mi abuela resultaban tan familiares y explícitos, que desde la calle era perfectamente posible hacer un seguimiento pormenorizado del evento. Al compás de sus entrecortados sofocos primero, y de sus desgarradoras y agudas manifestaciones al fin, todo el pueblo gozaba con mi abuelo.

Mi madre era distinta, la pobre. Dicen que comenzó a gritar desde pequeña pero siempre con un motivo razonable. Puede ser que, inicialmente, como la justificación solo era genética, mi padre se enamorara de lo que podríamos definir como una histérica profesional y practicante. Pero con el tiempo, y debido a la influencia maligna de los oxalatos, mi madre desarrolló cálculos (vulgarmente llamados piedras en el riñón), que le producían tales retorcijones (técnicamente cólicos nefríticos), que sus gritos se oían en las eras y en el frontón que están a las afueras del pueblo. Alguien ingenuamente, creyó descubrir en aquello una reencarnación de los

espectáculos que daba mi abuela, pero nada más lejos de la realidad. Todo quedó aclarado desde el mismo momento en que mi padre, a fuer de explícito y sin temor al ridículo, demostró que los gritos de su esposa eran consecuencia de su uréter y no de su vagina. Todo aquello, aunque desmontó de una vez por todas la posible fama de semental de mi padre, le hizo ganarse la credibilidad y la compasión del pueblo. El estar casado con mi madre le fue acarreado una cierta aureola de mártir pendiente siempre de ataques inesperados. De hecho y con el tiempo, sus cólicos se hicieron tan frecuentes e intensos, que el sufrimiento se hizo coral y todo el pueblo la acompañaba en sus dolores comprendiendo perfectamente la congoja inicial del riñón, el encastillamiento del uréter, y el triste empecinamiento de la vejiga; fases todas ellas que se manifestaban en gritos de distintas entonaciones y tonalidades. No es que elevase más o menos la voz; es que cada una de sus manifestaciones parecían emanar de personas distintas. Tal era su riqueza. De hecho mi padre, tenía a veces la sensación de estar casado con varias mujeres diferentes o al menos, con varias laringes diferentes. Parecía mentira que las mismas cuerdas vocales fuesen capaces de emitir todo aquel abanico de posibilidades. Fue tan rica y tan variada su gama acústica, que el pueblo, rendido sin remedio, llegó casi a olvidar injustamente a mi abuela y a mi bisabuela.

Y como sus gritos eran tan específicos y se manifestaban con tanta personalidad, todo el mundo comenzó a llamarle **la gritona**. Mi padre era el marido de la **gritona**. Mi tía Carmela, la hermana de la gri-

tona. Mi abuelo, el padre de la **gritona**; y yo finalmente fui conocida siempre como Isabel la de la **gritona**.

Mi padre, hombre temeroso de Dios y con el tiempo de su mujer, que había intentado acoplar su vida a la máxima: **el saber y la razón hablan; la ignorancia y el error gritan**, se cuidaba escrupulosamente de comentársela a su mujer y acudía solícito a los pies de su cama para ayudar, con su silencio y su compañía, a eliminar la piedra asesina. El no tenía nunca muy claro el tipo de ayuda que podía prestar con su sola presencia, pero los estertores que observaba en mi madre en cuanto pretendía abandonar la habitación, le hacían enseguida arrepentirse y permanecía a la vera de la cama intentando al menos imaginar el tamaño del cálculo.

Mientras tanto Carmela, mi tía, corría por los pasillos solícita en busca de las gotas y los calmantes envidiando en el fondo de su corazón a mi madre, porque ella no había heredado aquella capacidad de comunicación. En ese sentido, mi tía Carmela, siempre actuó como una hermana de segunda división. Mi abuelo no. Mi abuelo que siempre había odiado a mi abuela por aquel afán suyo de pregonar al pueblo tanto sus éxitos como sus gatillazos, cada vez que oía gritar a mi madre se dejaba llevar por los demonios del recuerdo y rezongaba maldiciones contra su hija la **gritona** y sus cólicos, ante el temor de nuevo, de que pudieran confundirse con los devaneos inexistentes de mi santo padre. Por eso el abuelo, que no podía evitar comparar mentalmente las capacidades de su mujer y de su hija, llegaba siempre a la conclusión de que la raza había mejorado con el tiempo. Sin embargo era

incapaz de soportar el griterío. Lo había probado todo. Quizá por eso, cultivaba pacientemente en la huerta unas plantas medicinales que había conocido por tradición y que, según decía, eliminaban los cálculos. Mi tía Carmela preparaba incansable las infusiones, y mi padre esperaba paciente los síntomas agudos para poner con rapidez la inyección de Sintaverín, tarea en la que había llegado a ser un virtuoso. Era su pequeña y ridícula venganza. Sin embargo los dolores de mi madre en cada cólico, atacaban en oleadas las playas de mi casa y aquella habitación con ventanas a la calle, se convertía en un manicomio donde la gritona dominaba de tal forma la situación, que mi tía desaparecía, y mi padre, con el corazón como una breva, intentaba sujetarle la mano con cariño, sin más éxito que retorcimientos e insultos. Porque mi madre, entre grito y grito, insultaba despiadadamente a sus espectadores en un intento de inconsciente desahogo.

-¿ Por qué no le dais morfina o un estacazo? -preguntaba el abuelo mientras se calaba la boina con rabia y se escapaba de casa.

Mi padre sin embargo, aguantaba estoicamente al pie del cañón reconociendo que los gritos de mi madre no eran de odio ni remordimiento, sino de temor incontrolado, de susto súbito. Los vecinos, acostumbrados ya a las escenas de espanto, y sorprendidos muchas noches por algarrabías inesperadas, soportaban la zapa-tiesta hasta el amanecer y aconsejaban entonces a mi tía Carmela sobre nuevas hierbas y brebajes. Mi padre (hombre experimentado) sabía que aquello no tenía re-

medio. Le hubiera gustado tener una mujer sin piedras en el riñón y sobre todo sin gritos, pero sabía muy bien que el deseo de lo imposible era una enfermedad de la inteligencia, y mi padre no era tonto. Por eso el día al que me estoy refiriendo (esta vez con el doctor presente) se limitó a coger a mi madre de la mano y a acariciarla con delicadeza.

Aquella vez el grito había sido desgarrador y se había oído en los pueblos cercanos. La calle estaba llena de curiosos y mi tía Carmela corría de un lado para otro procurando obedecer sin confundirse las órdenes del galeno.

Hay gritos y gritos. Pero aquellos chillidos y lamentos, aquellas vociferaciones y alaridos de la gritona, no eran normales. El abuelo una vez más, aceptando que la ira ofusca la mente pero hace transparente el corazón, había dicho:

-Esta hija se pasa la vida gritando pero nos enterrará a todos.

Y dando un portazo, se había ausentado de nuevo abriéndose paso por entre la gente que abarrotaba la calle para no perderse el espectáculo.

La mañana resultó paradigmática. Era una mañana normal que la gritona había metamorfoseado en atípica con un grito espeluznante, y que consiguió mantener espeluznante a base de clamores intermitentes. El médico, a pesar de poner toda su buena voluntad, no lograba aplacarla y asimilaba con profesionalidad los insultos indescriptibles de mi madre que se agarraba desesperadamente a la cabecera de

la cama retorciéndose de dolores. Mi tía Carmela hacía rato que había dejado de correr y permanecía en la habitación con los ojos muy abiertos, como un perro de muestra, dispuesta a arrancar en cuanto se lo ordenase el doctor. Mi padre sujetaba sin desmayo la mano de su mujer, y mientras aguantaba sus embestidas, intentaba racionalizar la situación recordando aquello de que los resultados y los objetivos conseguidos eran fruto de un uno por ciento de inspiración y un noventa y nueve de sudor. Y sudaba. Sudaba como si en ello le fuera la vida.

Aquella mañana, 22 de Septiembre, casi a la hora de comer volvió mi abuelo a casa y encontró a su hija la gritona en el paroxismo de su desesperación. —Pero

bueno...!! -gritó él también- ¿lo echa o no lo echa?

Y mi madre por aquello de hacerle caso una vez en la vida, agarró con fuerza la mano de mi padre, se retorció como una culebra, insultó despiadadamente al médico, y lanzando un grito que espantó prácticamente a toda la provincia, hizo un esfuerzo final y me parió.

Mi madre, la gritona, me cuenta muchas veces con orgullo que cuando el médico me cogió de los talones, comencé a gritar tan desaforadamente que todos se asustaron. Desde entonces grito frecuente y periódicamente.

En eso me parezco a ella.

Finalista en Reinos Años 1995.

Finalista en Tudela (Premio Navarra) Año 1997.

Finalista en Ana Velasco de Marcilla, 1999.

(Victoriano era un enamorado del cuento corto. Su reto personal era el hacerlos cada día más cortos y a fé que lo consiguió ya que los tiene de unas pocas líneas. Aún teniendo varios con los que ganó diversos concursos literarios, he elegido éste, que curiosamente no ganó nunca, aunque estuvo finalista en tres ocasiones, quedando en segundo lugar. Yo se que para Victoriano era uno de sus elegidos.)

SUS POESIAS

A MI PADRE

Amo a un hombre que fue tan fabuloso,  
que dedicó su vida por entero  
a los que tuvo cerca, lo primero,  
con los que fue sentido y generoso.

No fue con su trabajo perezoso  
y en la preguntas duras, fue sincero.  
Amó la vida, despreció el dinero,  
y solo como padre fue ambicioso.

Fue muy duro perder aquel colega  
que dijo la ilusión junto a mi oído;  
desde mi alfa azul, hasta mi omega.

Por eso padre, nunca me despidió.  
Porque conozco que mi amor te llega.  
Porque un día te fuiste, y no te has ido.

AMAR

No sabe qué es amar quien no te mira  
con ojos diferentes en la estrecha  
habitación vacía; quien no acecha  
tu caminar azul que se retira.

No sabe qué es amar quien no se inspira  
en tu mismo desdén. En esta fecha  
he dejado olvidada la sospecha  
que me dejó grabada tu mentira.

No sabe qué es amar quien en tu suelo  
no colocó la cruz de su confianza  
prendida en la ilusión de tu señuelo.

Yo sé lo que es amar. Es una lanza  
con un sabor a sal, que como un hielo,  
clavaste en el umbral de mi esperanza.

Aunque escribió todo tipo de rimas creo no equivocarme si digo que Victoriano es el mejor sonetista, que ha habido en Tudela. Escribió cientos de sonetos que publicaba por los periódicos con seudónimos y en publicaciones literarias con su nombre.

El dedicado a su padre, al que adoraba, lo publicó en dos libros

“Cuatro poetas Tudelanos. Año 1984.

Y

“Sonetos a Cuatro Voces” Año 1993.

**VICTORIANO BORDONADA** nació en Tudela en 1942. Estudió en los Jesuitas y se licenció en Ciencias Químicas por la Universidad de Zaragoza.

Fue concejal del Ayuntamiento de Tudela, Consejero Foral y Parlamentario Foral de Navarra. En el momento de fallecer era director de fábrica de Rohm and Haas España.

Desde sus años universitarios colaboró en la prensa regional (Heraldo de Aragón, Pensamiento Navarro, La Voz de la Ribera y Diario de Navarra) donde publicó cientos de artículos.



Colaboró en revistas literarias como Río Arga y fue miembro fundador y parte del Consejo de Redacción de la Revista Traslapunte.

Publicó «Cuatro Poetas Tudelanos», «Sonetos a Cuatro Voces» y «Muza, Rey del Ebro».

A lo largo de su carrera literaria consiguió diversos premios literarios entre los que destacan:

- 1968 Primer premio de cuentos del Ateneo de Zaragoza.
- 1969 Primer premio de cuentos Belemnistas de Pamplona.
- 1972 Primer premio de artículos periodísticos La Voz de la Ribera.
- 1983 Primer premio VI Concurso de poesía de Sangüesa.
- 1985 Primer premio de poesía Villa de Aoiz.
- 1986 Segundo premio II Concurso poético Castell-Ruiz.
- 1987 Primer premio III Concurso poético Castell-Ruiz.
- 1989 Segundo premio V Concurso poético Castell-Ruiz.
- 1990 Primer premio narrativa Villa de Aoiz.
- 1991 Finalista II Concurso Ciudadela de Pamplona.
- 1991 Segundo premio narrativa de Lodosa.
- 1993 Primer premio IX Concurso poético Castell-Ruiz.
- 1994 Primer premio poético Martínez Baigorri de Lodosa.
- 1995 Segundo premio XXIII Concurso narrativa de Reinosa.
- 1997 Primer premio narrativa Ana de Velasco de Marcilla.
- 1997 Premio narrativa del Círculo y Casinos Culturales de España.

- 1997 Premio narrativa del Circulo y Casinos Culturales de España.
- 1998 Primer premio XXVI Concurso narrativa de Reinoso.
- 1999 Premio San Fulgencio de narrativa (San Fulgencio-Alicante).
- 2000 Primer premio narrativa de los Casinos Culturales de España.
- 2001 Finalista de narrativa en el Ana de Velasco de Marcilla.
- Primer premio de Tribuna Médica con «Alicia».
- Primer premio de Tafalla con «El último viaje».
- Primer premio de Estella con «Cartas a la Esperanza».